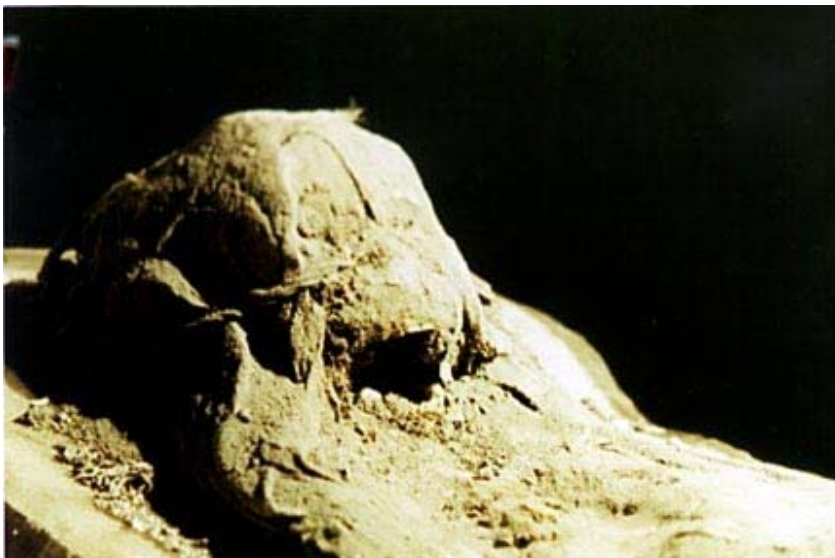


RELIGIOSIDAD Y DEPÓSITOS MORTUORIOS: UN CASO DE ESTUDIO PARA EL PERIODO PRECLÁSICO EN MORELOS

Sandra Cruz Flores
Blanca Noval Vilar



RESUMEN

A partir del estudio de los restos mortuorios prehispánicos hallados en el interior de la Cueva "El Gallo", ubicada en el Municipio de Tlaltzapán, Estado de Morelos, se resalta la importancia de la conservación de los vestigios materiales

como fuente innegable de información valiosa para el estudio de la evolución de las religiones.

Esta relación se aborda a partir del registro obtenido durante el proceso de conservación, a través del cual, se aportan datos que pueden ser base para que los estudiosos de la religión complementen sus investigaciones en torno a las implicaciones rituales y el sentido de unidad en la depositación de fardos mortuorios, tanto humanos como de animales, y en especial de la relación perro-religión como una constante dentro de las diversas religiones mesoamericanas, que trascendió desde el Periodo Formativo o Preclásico hasta el Periodo Postclásico.

1. Creencia mesoamericana en la existencia de otra vida

Desde la antigüedad, la creencia en alguna forma de existencia después de la vida ha sido una necesidad omnipresente en el pensamiento religioso de todas las sociedades humanas. Dicha creencia ha significado generalmente un culto a las fuerzas de la naturaleza, de carácter mágico y relacionado con la tierra, el agua, la agricultura y la vegetación, lo mismo que con la muerte y los antepasados, esto se puede observar básicamente en las prácticas mortuorias.

La muerte, hecho biológico que afecta a todo ser viviente, ha sido desde siempre motivo de una gran preocupación para el hombre, esto lo llevó a crear cultos relacionados con el concepto de la existencia de otra vida en el más allá.

La respuesta a esta preocupación se manifestó en el pensamiento mesoamericano bajo la forma de un sinnúmero de rituales y concepciones que reunían características naturales revestidas de potencialidades mágicas, de las que hoy conocemos tan sólo algunos aspectos a través de las referencias historiográficas y de los pocos restos materiales que han llegado hasta nosotros.

Desde el punto de vista arqueológico, en la región de Morelos es a través de los entierros en donde se han recogido objetos que pueden aportar datos para formarse un criterio sobre la evolución religiosa de los diversos asentamientos prehispánicos. Las similitudes entre todos los sitios que se han estudiado demuestran que este foco regional se formó con poblaciones aldeanas locales, enriqueciéndose con la llegada de los olmecas sureños que se extendieron poco a poco por Puebla y Morelos. Se llegó así a constituir una tradición cultural híbrida que bien pudo influir sobre otros grupos y regiones. En los depósitos mortuorios es donde encontramos características notables de la vida y cultura de estos grupos humanos, y que hacen las veces de cajas de caudales para los vestigios culturales dejados a la posteridad en entierros más o menos elaborados que resaltan el carácter divino de los muertos que iban a morar con los dioses.

Así pues, es a partir de sus manifestaciones materiales de orden funerario que ha sido posible estudiarlos.

Por otro lado, la mayoría de los restos materiales con que se cuenta para apoyar el estudio de las religiones mesoamericanas, en lo que respecta a la creencia en el paso a otras formas de vida después de la vida terrenal, se presenta de manera fragmentaria e inconexa, por lo que sólo se pueden obtener datos parciales e inferencias vagas sobre las relaciones religiosas implícitas. Por ello, el hallazgo del material arqueológico en la Cueva "El Gallo", constituye un documento de valor incalculable en virtud de haberse encontrado intacta una unidad mortuoria, en la que aparecen en íntima relación la deposición de un infante y la de un perro sacrificado con la finalidad de recrear la leyenda mítica del paso al inframundo.

2. El estudio de los restos mortuorios conservados en el interior de la Cueva "El Gallo".

La Cueva "El Gallo" se localiza en el Municipio de Tlaltizapán, en el actual Estado de Morelos, en una región que presenta numerosas cuevas con vestigios de ocupación humana desde tiempos muy remotos, y en donde los antiguos pobladores del cuarto o tercer siglo antes de nuestra era, dejaron constancia de su paso a través de artefactos y de sus propios restos; así como de la forma en que lograron desenvolverse en esa zona caracterizada por un clima cálido-subhúmedo con lluvias en verano, con poca oscilación térmica y con un ecosistema característico de la vegetación de Selva Baja Caducifolia dominada por especies arborescentes. Este tipo de vegetación tiene preferencia por suelos someros y se localiza a menudo sobre las laderas de los cerros. Las especies dominantes con mayor frecuencia son los cuajotes, las leguminosas, las ceibas, los ciruelos, los cazahuates además de otras plantas con bajos requerimientos de humedad; entre

otras, destacan algunas cactáceas columnares y candelabrifformes que inconfundiblemente hacen acto de presencia y tipifican la fisonomía de la localidad. La característica más sobresaliente del primer tipo de vegetación lo constituye la pérdida de sus hojas durante un periodo de 5 a 8 meses. Se da así un marcado contraste entre el reseco y desolado aspecto de la época seca, con el verde predominante del periodo lluvioso. Y contra lo que pudiera pensarse, este tipo de vegetación proporciona gran cantidad de plantas aportadoras de frutos y semillas, de ahí que la cantidad y diversidad de material arqueobotánico sea grande, y que se hayan podido identificar hasta 30 tipos diferentes de vegetales, representados por más de 3 500 elementos constituidos por semillas, frutos, y bienes culturales elaborados con ellas entre los que se incluyen: fibras, textiles, cordelería, petates y recipientes.

Muchos de estos restos encontrados en las cuevas demuestran cómo éstas constituyeron una forma de refugio que les permitió a sus pobladores, además de subsistir, desarrollar sus creencias en torno a la trascendencia de la vida, así como de los correspondientes rituales mortuorios.

El núcleo familiar que habitó la Cueva El Gallo, se ha identificado como parte de un grupo con influencias olmecoides del Preclásico Formativo. Como se sabe, hay un proceso básico de interpelación entre los diversos grupos mesoamericanos que forma una unidad inteligible y una historia paralela a partir de un tronco común. En esencia, las tramas fundamentales de la historia civilizada de estos grupos consisten en la interinfluencia de unos sobre otros; proceso que a la larga fue generando un conjunto de rasgos comunes. De ahí que Mesoamérica, desde sus comienzos, presenta en todo su ámbito territorial manifestaciones culturales originadas en el Horizonte Preclásico, habiendo quedado en la Cuenca de México notables evidencias del desarrollo, así como de la densidad de la población, la existencia de ritos elaborados, y la presencia de objetos artesanales de excelente manufactura y refinamiento.

El material albergado en el interior de la Cueva El Gallo fue descubierto, lamentablemente, a partir del saqueo de una de sus cámaras. A raíz de ello, se dio aviso al INAH y, con la colaboración de varias Dependencias de este Instituto, se organizó un grupo de rescate en el que fue indispensable la participación de un equipo interdisciplinario integrado por arqueólogos, biólogos y restauradores para lograr liberar y extraer el material con el respectivo registro contextual y así trasladarlo a las instalaciones de la Coordinación Nacional de Restauración del Patrimonio Cultural, para recibir tratamientos de conservación y ser debidamente estudiado. Es en proyectos como éste, donde la colaboración de diversos especialistas permite la obtención y conservación de valiosísima información cultural que amplía nuestro conocimiento y nos conduce a una mayor comprensión de los bienes culturales y de nuestro pasado. Estos materiales, ya sea en forma natural o trabajados y transformados en objetos ornamentales, rituales o de uso diario, pueden proporcionarnos información del avance tecnológico, social, cultural y religioso de una población determinada, pero también son una oportunidad para

conocer el medio ambiente del pasado y la interacción que el hombre sostenía con los recursos naturales a su alcance.

En la preservación natural del depósito arqueológico fueron determinantes las condiciones estables en el interior de la cueva, y que permitieron que los materiales orgánicos se conservaran. Así, el suelo con bajo contenido de humedad y pH ligeramente básico, junto con el acceso limitado de oxígeno y la ausencia de luz, además de una temperatura y humedad relativa estables, contribuyeron a la permanencia de estos bienes culturales. Estas condiciones impidieron la verificación de los principales mecanismos de deterioro como son reacciones ácidas por solubilización, lixiviación de elementos contextuales, arrastre de material y la proliferación de microorganismos nocivos. Esta afortunada amalgama hizo posible hallar los restos de un infante envuelto en un textil y atado con cordeles, el envoltorio de un perro dentro de un petate y un gran número de objetos de cestería, cordelería y fragmentos textiles, todos en asociación.

El rescate fue efectuado por varias dependencias del INAH que conformaron un equipo interdisciplinario integrado por personal del Centro Regional de Morelos, de la Subdirección de Servicios Académicos, de la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía y de la actual Coordinación Nacional de Restauración del Patrimonio Cultural.

Con base en la prioridad de conservar íntegra tanto la evidencia material como la información contextual, se llevaron a cabo actividades coordinadas de rescate entre los diversos especialistas participantes, realizándose a la vez el trabajo propiamente arqueológico así como el de registro de las condiciones microclimáticas (temperatura y humedad), el muestreo de materiales y la atención a los bienes culturales. De tal manera que a través de su análisis y determinación físico/química se pudieran conocer las características que explican tanto las modificaciones, como la preservación de los materiales culturales encontrados.

En la CNRPC se efectuaron los procesos necesarios para lograr preservarlos, con la posibilidad de ser expuestos y servir como fuentes de estudio para diversas disciplinas.

3. Interpretación del hallazgo.

Asimismo, durante el tratamiento y estudio de los materiales por parte de los restauradores, se recurrió a diversos especialistas y técnicas que permitieron obtener valiosa información sobre el hallazgo en su conjunto y dentro del enfoque de unidad cultural indisociable. De acuerdo con las características de los materiales, para darles atención y asegurar su conservación como fuentes de estudio que deben ser transmitidas al futuro, se fundamentaron los lineamientos de conservación en los principios de mínima intervención y reversibilidad, con la finalidad de mantener intacta la información que contienen, para no obstaculizar estudios posteriores. Por ello mismo, los procesos que se han venido realizando responden principalmente a la necesidad de estabilizarlos. Por otro lado,

conscientes de que los diferentes materiales forman parte de un conjunto, los tratamientos recibidos se han adecuado de tal forma que mantengan la unidad entre ellos, y siempre bajo la premisa de la conservación de los objetos, no sólo por lo que implica su materialidad, sino valorándolos como fuente de información única y excepcional. De ahí que se emprendiera un registro exhaustivo en el que se dejó constancia del sentido de unidad en la deposición de fardos mortuorios, tanto humanos como de caninos, lográndose además la obtención de datos que sirven de refuerzo a las teorías desarrolladas en torno a las implicaciones rituales de la deposición de fardos mortuorios y, sobre todo, de la relación perro-religión como constante dentro del pensamiento mesoamericano. Ya que a través de las evidencias arqueológicas, antropológicas y de fuentes etnográficas se ha visto que el perro tuvo una gran importancia en la vida cotidiana de los pueblos prehispánicos, alcanzando un significado simbólico en su mitología y religión y, en este caso, es un testimonio irrefutable de su aparición desde el Periodo Formativo en el actual Estado de Morelos.

Todos los datos sobre ritos y sacrificios de perros se basan en las crónicas españolas de la conquista y se refieren al periodo Postclásico terminal de Mesoamérica. Para obtener datos sobre épocas anteriores debemos recurrir a la información arqueológica en cuanto a los aspectos funerarios, por los que sabemos que en numerosos sitios arqueológicos de México hay presencia de restos óseos de perros, a menudo asociados con entierros humanos y, algunas veces, en sepultura propia y con ofrendas. Sin embargo, colocar junto al muerto un perro verdadero, sacrificado expreso, es una costumbre que no está bien documentada. En el caso de los restos encontrados en la Cueva "El Gallo", queda claro que el perro fue sacrificado y depositado envuelto en un petate como complemento del entierro del infante. A través del estudio de paleozoología se constató que los restos del canino corresponden a los de una hembra joven sacrificada de manera no violenta, como lo denota la integridad de sus restos y la posición recostada y pasiva. Gracias a la conservación de restos de los tejidos, así como de los pelos del animal y a su permanencia físico-química, estable actualmente, es posible a través de estudios especializados corroborar los datos que se tienen respecto a las características de los perros que eran escogidos para acompañar al muerto. Estos datos están documentados desde el siglo XVI por Sahagún, quien afirma: "*Hacían al difunto llevar consigo un perrito de color bermejo, y al pescuezo le ponían hilo flojo de algodón*"¹. Se creía que cuatro años después, luego de haber pasado muchos peligros, al fin llegaba el alma del muerto a las orillas de un gran río, el Chichinahuapan ("nueve ríos"), que circundaba al inframundo. Las almas sólo podían atravesar el río auxiliadas por su perro que al reconocer a su antiguo amo lo pasaban nadando a cuestas.

El sentido de esta deposición puede estudiarse siguiendo dos líneas de pensamiento: la que va en el sentido de que sirviera de compañía al infante en su paso a la otra vida, y la de que pudiera considerarse simbólicamente como

¹Sahagún, Fray Bernardino de. Historia general de las cosas de Nueva España, A. M. Garibay K.

alimento para emprender el largo viaje. A este respecto, Norman Wright considera que los perros encontrados en las tumbas pudieron representar un doble papel: el de guías en regiones ignotas, y como símbolos de alimentación necesaria durante esa oscura jornada. "La dualidad de papeles, "guías de almas" y símbolos de manjares, no resulta incompatible con los conceptos religiosos de los pueblos prehispánicos del Altiplano"². Diversas investigaciones con respecto a los atributos y manifestaciones de sus dioses, han encontrado que una deidad o la personificación de creencias, leyendas e historia de estos pueblos con frecuencia se presenta con facetas duales y múltiples advocaciones. Ejemplo de esto lo tenemos en el dios Xolotl, entre cuyos atributos se le suponía como el guía de las almas de los muertos hasta su destino final, el Mictlán. Este dios Xolotl aparece a veces disfrazado de perro, y otras veces con cuerpo humano y cabeza canina, y es una figura muy importante en la religión mesoamericana. Además de ser dios de los gemelos, seres deformes o monstruos, y patrón del juego de pelota, guarda íntima relación con el mundo de los muertos. Conduce al sol, desde el ocaso hasta el amanecer, a través de dicho mundo subterráneo, o sea la noche. Por este aspecto Xolotl se relaciona con el perro que guía el alma del difunto al inframundo. Este dios Xolotl es muy antiguo en el panteón mesoamericano y aparece en los mitos cosmogónicos y de la creación del hombre.

Se puede resumir diciendo que en la mitología, al igual que en la religión y la iconografía, el perro fue entre las culturas de Mesoamérica un importante símbolo que recoge las creencias sobre muchos aspectos del hombre y su sociedad, del mundo que lo rodea y del universo en general, así como del panteón de los dioses y del más allá.

La relevancia del conjunto mortuario de la Cueva "El Gallo" estriba en que no sólo proporciona los restos óseos asociados, sino que representa un caso excepcional en donde tanto los restos del infante como los del perro se han momificado y mineralizado parcialmente, conservándose datos sumamente valiosos como son los restos de piel, uñas, lengua, textiles y amarres usados, además de los esqueletos completos y en su posición anatómica y tal como fueron depositados; aunado esto a la gran diversidad de materiales asociados como restos de redes, alimentos, guajes decorados, sandalias, agujas de coser, cordelería varia, textiles y figurillas cerámicas, entre otros.

4. Conclusión: Importancia de la conservación de los restos materiales bajo un enfoque interdisciplinario, como fuente innegable de información relevante para el estudio de la evolución de las religiones.

Como se ha visto, la disciplina de la conservación, a través de los datos que va recabando durante el tratamiento y estudio de los restos materiales, rescata y preserva valiosos datos culturales y, en este caso especial desde el punto de vista religioso, aporta importantes bases que permiten corroborar, ampliar y precisar las

² Wright, Norman O. El enigma del xoloitcuintli. INAH, México.

teorías desarrolladas en torno a la religión practicada por las antiguas sociedades mesoamericanas.

Con ello, la conservación complementa la información que se puede obtener de otras fuentes indirectas y permite contar, a través del quehacer profesional y responsable de la preservación de los vestigios materiales, con la evidencia tangible cuya información es casi inagotable ya que abre la posibilidad de emprender estudios desde muy diversas perspectivas del conocimiento.

Este potencial inagotable de los restos materiales sólo puede ser comprendido en el marco propio del estudio interdisciplinario, para poder obtener una interpretación global de las implicaciones religiosas y la significación cultural de hallazgos excepcionales como el que aquí se ha referido.

Bibliografía.

1988 Baus de Czitrom, Carolyn. Los perros de la antigua provincia de Colima. Colección Catálogos de Museos. INAH.

1979 Sahagún, Fray Bernardino de, Historia general de las cosas de Nueva España, A.M. Garibay K., Col. Sepan Cuantos 300, Editorial Porrúa, México.

1994 Sánchez Martínez, Fernando. Ponencia "Rescate, identificación y conservación del material orgánico arqueológico: La cueva "El Gallo", Ticumán, Morelos. XXIII Mesa Redonda de la Sociedad mexicana de Antropología.

1960 Wright, Norman P., El enigma del xoloitzcuintli. INAH, México.

[**VOLVER AL INDICE**](#)